

## LAS FUENTES PRINCIPALES DEL OPUSCULO BELARMINIANO “DE ASCENSIONE MENTIS IN DEUM PER SCALAS RERUM CREATARUM”

I. *Los opúsculos espirituales de San Roberto Belarmino.*—Conocidos son hasta del pueblo devoto estos libritos, con tanto aplauso recibidos desde su primera aparición por los más espirituales y doctos, y con tanta rapidez traducidos a las lenguas de Europa, y alguno hasta al griego clásico.

Sabido es que los compuso seguidos los cinco, a uno por año, en el mes de setiembre, en que, retirado de los negocios, vacaba a Dios y a su alma, parte con los ejercicios anuales de San Ignacio (según ley de la Compañía en vida de Belarmino promulgada), parte empapando el espíritu en las cosas eternas, según se lo pedían su devoción y su celo.

Cuanto a la fecha de su redacción, ha solidó ponerse a partir de 1614, por no haber empezado a imprimirse el primero de todos sino en 1615; pero las razones del P. Fiocchi nos persuaden hay que adelantar la composición del *De Ascensione Mentis in Deum* al año 1611, aunque por causas que ignoramos, no viera la luz pública hasta 1615, cuando ya estaban acabados los tres siguientes *De Aeterna Felicitate Sanctorum*, *De Gemitu Columbae sive De Bono Lacrimarum* y *De Septem Verbis a Christo in Cruce Prolatis* y sólo faltaba el *De Arte Bene Moriendi*, que había de trabajarse en setiembre del mismo año (1).

Común a todos ellos es la solidez de la doctrina, bebida abundantemente en la Sagrada Escritura, en los SS. Padres, en la Teología y en los mejores maestros espirituales. El estilo es en todos transparente y sencillo, sin las postizas galas retóricas que afean y distraen la devoción en algunas obras espirituales de aquella época y sin los

---

(1) FIOCCHI-PÁRAMO: *S. Roberto Belarmino, Cardenal de la Santa Iglesia Romana*. Santander, “Sal Terae”, 1931, p. 440, nota.

retortijones de textos y alegorías bíblicas que en otros escritores notables de entonces, abruman con su pesadumbre en vez de facilitar las expansiones espirituales del corazón. La pluma de Belarmino parece correr espontánea sin las trabas de la lima, y no porque no retocara una y otra vez sus escritos, que bien prueban lo contrario las tachaduras de sus borradores, desde el título mismo, en el *De Ascensione Mentis in Deum*, y las veces que volvió en sus apuntes sobre la misma materia hasta darla su forma definitiva, cual se ve en la de las últimas gradas en esta obra, diseñadas para sus pláticas de comunidad, retocadas hasta hacer creer a los editores de sus obras completas de Vivès, que se trataba de un nuevo opúsculo inédito, *De Cognitione Dei*, cuando en realidad es una de las manos preparatorias de las gradas IX-XV del *De Ascensione Mentis in Deum*. No es desaliñado su estilo; si sale tan sencillo y natural es porque brota de un entendimiento claro, ordenado y comprensivo, de un alma serena, apacible y candorosa, de un corazón honda y suavemente penetrado de amor y devoción, de una fantasía ni dormida ni desequilibrada, hecha a remansarse en las bellezas naturales y a contemplar con placidez obras maestras de todas las artes y, finalmente, de un gusto depurado por la lectura y estudio de los clásicos, por el ideal de sencillez, por la tendencia simple y eficaz hacia el fin del escrito y por el mutuo contrapeso entre la amplificación oratoria del gran predicador y la compresión de ideas del catedrático y escritor escolástico.

Así han salido sus opúsculos. Orden y gradación en el plan; seguridad en la doctrina, abundancia fácil en las ideas, precisión en la frase, sencillez en el gusto, suave calor en la expresión.

Aunque todo va enfocado a la voluntad, lo que más despacio toma es la exposición de las ideas con que se ha de convencer el entendimiento y de las cuales brota el afecto y resolución, indicada siempre, algo desarrollada con frecuencia, pero no tan repetida y martillada como haría creer en muchos pasos la versión española de nuestro P. Andrade.

Por eso se leen con gusto y placidez, no exaltan la imaginación, pero empapan el entendimiento, descienden hasta penetrar suavemente el corazón y llevan a saborear con la voluntad aquella convicción serena y obradora con que han saciado la inteligencia. Cuenta de sí el Santo que otras obras suyas no las leía sino forzado por la necesidad; de sus opúsculos diría lo que del primero, pocos meses después

de compuesto, confiesa en la dedicatoria: "lo he leído ya espontáneamente tres o cuatro veces y estoy en releerlo con frecuencia". Dejan tal sabor que invitan a nuevas lecturas reposadas, para renovarlos y empapar de ellos el alma más y más.

II. *El De Ascensione Mentis in Deum*.—Vamos a detenernos en su primer librito. Tan gustado como acabamos de ver por el Santo y devorado por sus contemporáneos con tal avidez que en el año mismo de su primera impresión, agotaron hasta seis ediciones del original latino, ha conservado fresco hasta el día su dulce atractivo sobre el público, como lo prueban sus repetidas ediciones del original y de las versiones y las adaptaciones que de él se han procurado, ya transformándolo en diálogo, como a principios del siglo XIX lo hizo Fr. Antonio Martínez, ya, con mejor orientación, amoldando a los conocimientos modernos la parte de las ciencias naturales, como lo llevó al cabo, no sin mérito, en texto y notas, L. F. Morel, en 1862.

Pero no vamos a estudiarlo ascéticamente; vamos tan sólo a examinar un problema tocado ya antes por otros, mas no tratado con la merecida detención y, sobre todo, aún no solucionado satisfactoriamente. Nos ceñiremos en este artículo a los influjos principales verdaderos o pretendidos que sobre el libro de San Belarmino han tenido otras obras anteriores de título o materia semejante.

Dejemos a un lado la *Escala del Paraíso*, de San Juan Clímaco, que si pudo, como a otros, dar también a Belarmino algo del título y la idea de gradas para el orden de su libro; mas en ninguna otra cosa se parece al *De Ascensione Mentis in Deum per Scalas Rerum Creatarum*, de nuestro Santo Cardenal; tanto más, cuanto que ese corto influjo más que directo, fué (como lo muestran las tachaduras del título en el autógrafo belarminiano) a través de las frases de San Buenaventura en su *Itinerarium Mentis in Deum*, cuyo cap. I se llama *De gradibus ascensionis in Deum*, y en el cual se lee: "In hac oratione orando illuminatur ad cognoscendum divinae ascensionis gradus. Cum enim secundum statum conditionis nostrae, ipsa rerum universitas sit scalæ ad ascendendum in Deum..."

Tampoco pretendemos pararnos ahora en las relaciones de la obra de Belarmino con los Ejercicios de San Ignacio. A cualquiera se le alcanzan, y más sabiendo que lo compuso en el mes de su retiro es-

piritual y cuando estaba haciendo o terminaba de hacer sus ejercicios anuales. Por otra parte, es transparente que tuvo a la continua ante los ojos el *Principio y Fundamento*, y no menos los puntos de la *Contemplación para alcanzar amor*. Por todo el libro están retiñendo, v. gr., "mirar cómo todos los bienes descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma e infinita de arriba y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflejando en mí mismo" (n. 237), y aquellas otras "considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, id est habet se ad modum laborantis. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc. Después reflectir en mí mismo" (n. 236). A mayor abundamiento es el único influjo en que se detuvo últimamente el P. Brodrick al analizar nuestro opúsculo en su reciente vida de San Belarmino (1).

No podemos despachar tan sumariamente las relaciones entre la obra de Belarmino y el *Itinerarium Mentis in Deum*, de San Buenaventura.

En su prólogo al *De Ascensione Mentis in Deum*, en la edición de la versión española del P. Andrade (Madrid, 1881), sentó el Padre Uriarte estas afirmaciones: "También es inexacto decir, como alguna vez hemos oído, que Belarmino tomase por ejemplar para su opúsculo el *Itinerarium Mentis in Deum*, de San Buenaventura. Tomó sí, para ejemplar y modelo al mismo Santo que, en un retiro parecido al suyo, se movió a escribir aquel tratado, precioso si los hay, capaz sólo él y dignísimo de colocarle entre los más sabios y santos escritores de su tiempo. Que también pensara en imitar su libro, a nadie podrá siquiera ocurrírsele que sepa, aun sin haberlo manejado, ser aquél una especie de teodicea, si decirlo cabe, teológica, tan original e inimitable, como ajeno de todo punto a la intención del Cardenal Belarmino.

"Possible es que tuviera éste presentes, si ya no de memoria, el *Itinerarium* de San Buenaventura y la *Scala* de San Juan Clímaco;

(1) BRODRICK, S. J.: *The life and work of B. Robert Francis Cardinal Bellarmine*, S. J., London, 1928; II, cp. XXVII, 3, p. 384.

fácil también que echara mano de alguno de sus pensamientos, no menos para calentarse a su amor en el retiro y trato íntimo con el dulce dueño de sus afectos, que para introducirlos después abrasados y chispeantes en el corazón de sus lectores; pero, si mucho no nos engañamos, lo que más debió de ayudarle para lo uno y lo otro, fué la lectura de los libros *De Consideratione ad Eugenium*, de San Bernardo."

Estas palabras del gran bibliógrafo español han ejercido tal influjo en los que después de él han hablado de las relaciones entre ambos libros, que ha quedado ya como punto definido la ninguna o leve influencia del *Itinerarium* sobre el *De Ascensione*. COUDERC repetirá que nuestro opúsculo "est tout à fait différent de celui de Saint-Jean Climaque, *Scala Paradisi*, et de celui de Saint-Bonaventure, *Itinerarium Mentis in Deum*. Le vénérable Cardinal paraît s'être souvenu un peu plus du livre de Saint-Bernard, *De Consideratione*" (1). Fiocchi soslaya más bien el problema diciendo: "Aunque en este prólogo (el *De Ascensione*) dice el autor que se ha inspirado en el ejemplo de San Buenaventura, sin embargo, la obra que salió de su pluma, es tan genial y tan propia de la mentalidad de Belarmino que debe decirse original"

Una comparación entre ambas obras nos dará por sí misma la respuesta.

¿Qué pretende San Buenaventura en su *Itinerarium Mentis in Deum*? Mostrar el camino para gozar del Sumo Bien por el discurso acompañado de la oración (I, 1). Y ese camino ¿cuál es? En nuestro estado presente, para subir a Dios nos sirven de escala las criaturas todas del Universo, que o son huellas o son imágenes de Dios. Para llegar al primer principio, superior a nosotros, espiritual y eterno, hemos de pasar por las huellas que de El hay en las cosas exteriores, materiales y temporales, mirar luego su imagen en el interior de nuestra mente espiritual e inmortal y pasar después al primer principio, al ser superior, espiritualísimo y eterno y allí gozar en el conocimiento de Dios y en la veneración de Su Majestad (I, 2).

Lo primero, es orar; lo segundo, vivir santamente; lo tercero, mirar los reverberos de la verdad y, contemplándolos, subir de escalón

(1) COUDERC: *Le V. Cardinal Bellarmin*, II, 292; París, 1893.

en escalón hasta llegar al monte elevado en que se ve al Dios de los dioses en Sión (I, 8).

Sea, pues, el primer peldaño de nuestra subida todo este mundo sensible, espejo que nos refleja a Dios, su Hacedor Supremo (I, 9).

Y ¿qué hemos de considerar en las cosas sensibles? Primero las cosas en sí mismas con su peso, número y medida, su naturaleza, hermosura y orden, su sustancia, poder y obrar, y por ellas, como por pisadas, subiremos a entender el poder inmenso, la sabiduría y bondad del Creador (I, 11).

Veamos luego el origen, desarrollo y fin de los seres, y sacaremos el poder, providencia y justicia de su principio primordial (I, 12).

Reparemos que unas tienen sólo el ser, otras ser y vivir, otras ser, vivir y entender; unas son meramente materiales, otras parte materiales y parte espirituales; de donde advertiremos que hay otras puramente espirituales; unas mudables y corruptibles; por donde deducimos que las hay también ni mudables ni corruptibles. Así subiremos a considerar el poder, sabiduría y bondad de Dios en su ser, su vivir y su entender puramente espiritual, incorruptible e inmutable (I, 13).

Para desarrollar estas bases de meditación acudamos: 1) a su *origen* en su creación, orden y ornato, que pregnan el poder que las saca de la nada, la sabiduría que las ordena y la bondad que las embellece; 2) a su *grandezza* en longura, anchura y profundidad; en la difusión de su energía por lo alto, ancho y profundo; en la eficacia de su obrar íntima, continua y extensa, que manifiestamente declara lo inmenso del poder, sabiduría y bondad de Dios trino que en todos los seres está por su poder, su presencia y su esencia; 3) a su *muchedumbre* en la diversidad genérica, específica e individual, en la sustancia, figura y energía; 4) a su *hermosura* en la variedad de luces, figuras y colores, en los cuerpos simples, mixtos y organizados, en los cuerpos celestes, en los minerales, plantas y animales; 5) a su *llenumbre* en la materia llena de potencia para las formas; la forma llena de energías para el obrar; la energía llena de efectos en sus influjos; 6) a su *obrar*, que, en lo natural, artificial y moral, muestra en su inagotable variedad la no medible energía, arte y bondad del que a todo es causa de su ser, razón de su entender y orden de su vivir; 7) a su *orden* porque en razón de duración, puesto e influjo, cuanto a lo anterior y posterior, lo superior e inferior, lo más y lo menos noble, abier-

tamente nos indica el libro de las criaturas la primacía, sublimidad y dignidad que por su potencia infinita corresponde al primer principio; como su inmensa sabiduría nos la predica el libro de la Escritura con el orden de las leyes, mandatos y juicios divinos; por su parte, el orden de los Sacramentos, beneficios y recompensas en el cuerpo de la Iglesia, muestra lo sin límites de la bondad de Dios; así el orden nos guía por la mano al que es el primero, sumo, potentísimo, sapiéntísimo y mejorísimo (I, 14).

Ciego es a quien no alumbran tales resplandores; sordo quien con tales clamores no despierta; mudo quien por tantas obras no alaba a Dios; necio quien por tantos rastros no le descubre. Abre, pues, los ojos; aplica el oído del alma; abre los labios y ponte de corazón a ver, oír, alabar, amar, servir, ensalzar, glorificar a Dios en todas las criaturas (I, 15).

Este análisis y extracto del cap. I, nos dice ya por sí solo que el *Itinerarium Mentis*, si es teodicea, es una teodicea mística para llenar de Dios el alma y el corazón, conociéndole, adorándole, amándole y entregándose a EL por lo que de EL rastrea el alma al meditarle en las huellas que de sí dejó en las criaturas. Es el *Itinerarium* una invitación a meditar a Dios en las criaturas para llenarse de su conocimiento y de su amor; pero no es sólo una invitación, es darle con llenumbre manantiales inagotables de consideraciones y afectos con que hacer mil veces y de mil maneras esa meditación.

Si pasamos ahora al libro de Belarmino y examinamos las siete gradas primeras de su *Escala*, veremos que no tomó el *Itinerarium Mentis* de San Buenaventura por ejemplar y dechado que imitar, no; pero sí le tomó como idea primera y fecunda de una meditación abundante y jugosa sobre el libro de las criaturas. Desarrolla, es verdad, Belarmino con plan y método enteramente personal su meditación; pero el *Itinerarium Mentis* es el que sugirió esa meditación, el que ofreció a manos llenas esos materiales, que luego escoge Belarmino con libertad, pule con soberano buen gusto, ordena con independencia y ensambla en acabada unidad para levantar de planta su palacio.

¿Qué hace Belarmino en las siete gradas primeras? I. Mirar en el ser del hombre a Dios, su creador, su dechado y su fin. II. Mirar la creación en conjunto para subir de la grandeza del mundo a la de Dios, de la muchedumbre de las criaturas con sus propias perfecciones a las infinitas perfecciones de Dios; de la variedad de las criatu-

ras a Dios, fuente de todos los bienes; de la energía obradora de las criaturas a la omnipotencia; de la hermosura de las criaturas a la hermosura infinita de Dios. III. Posar la consideración en el globo de la tierra y al verlo asiento de nuestro cuerpo levantarse a Dios, único reposo del alma y solo fundamento de nuestra seguridad; al recoger de sus frutos el alimento corporal, ver la mano de Dios proveyendo a nuestro sustento y no menos al del alma que al del cuerpo; de la mirada de los tesoros terrestres alzar su admiración al tesoro de bienes eternos: Dios. IV. El agua lavando las manchas, apagando el fuego, calmando la sed, uniendo y trabando las cosas, le hace alabar a Dios, que lava las culpas, apaga las concupiscencias, sacia los deseos y funde en unión de amor los corazones. Los surtidores le recuerdan las fuentes de la gracia que salta hasta la vida eterna y las fuentes son el remedio de Dios, fuente de todo ser, fuente viva de toda vida, fuente no menguante de sabiduría eterna. V, VI y VII. Y así, el aire, el fuego, el cielo, sol, luna y estrellas le hablan con sus propiedades y servicios de las excelencias infinitas de Dios y de los bienes que con ellas nos causa.

Presentada con amplitud más que suficiente la prueba, no creo necesario repetirla entre el cap. III del *Itinerarium Mentis* y el escalón octavo de Belarmino, ambos relativos al alma racional.

Menos aún viene al caso con nuestro propósito de ahora, recalcar las diferencias en las ideas, gusto y estilo de uno y otro, pues obvio es a quien considere lo diverso de los tiempos, educación, carácter y fines, y salta a la vista con sólo leer una o dos páginas de entrambos.

En cambio, sí merece nos paremos un momento a cotejar con la obra de Belarmino la de San Bernardo, en su opúsculo *De Consideratione ad Eugenium Papam Tertium*.

A quien no los haya leído, pueden fácilmente inducirle a error las frases que sobre sus relaciones copiamos arriba y el largo parangón que de autores, circunstancias y obras, hace en su ya citado prólogo el P. Uriarte.

A cuantos conozcan los dos opúsculos no es menester advertirles que nada tienen común ni por su plan ni por su materia los cuatro primeros libros en el tratado de San Bernardo, con la materia y plan del libro de Belarmino.

Aun reducida la semejanza al libro V, *De Consideratione*, ¿qué hay en él que haya podido derivarse a la *Escala* de nuestro Santo Carde-

nal? Para lo general de la materia y para las ocho gradas primeras, únicamente la idea del Apóstol "*Invisibilia enim ipsius a creatura mundi, per ea quae facta sunt itellecta, conspiciuntur*", recordada por San Bernardo en su cap. I. Hay, pues, que limitar el influjo a la introducción general y a las gradas últimas IX-XV de la escala belarminiana.

Entrando más despacio en la comparación veremos que pudo aprovechar algunas ideas de San Bernardo sobre las dotes y oficios de las jerarquías angélicas (cap. IV, V-gr. IX y n. 7 de la X), aunque para eso estaba mejor servido Belarmino por los progresos de la teología, posterior a San Bernardo, que aún deja indeciso el punto de los cuerpos angélicos. Pudo también utilizar algunas ideas sobre el ser de Dios, si bien para ello tenía mejor proporción en teólogos más recientes.

Finalmente, la aportación importante de San Bernardo a Belarmino en estas obras se reduce a una idea fundamental, la de aplicar a la consideración de Dios el "*possitis comprehendere cum omnibus sanctis quae sit latitudo et longitud et sublimitas et profundum*". Esta idea fundamental la manejan de manera muy diversa; San Bernardo (cap. XIII) aplica la longura a la eternidad, la anchura a la caridad, la altura al poder y majestad y la profundidad a la sabiduría de Dios. Belarmino considera las cuatro dimensiones primero en la esencia (gr. X), y ahí la longura le sirve para la eternidad, la anchura para la inmensidad y los bienes que en Dios hay, la altura para la excelencia del ser divino, causa altísima en todos los órdenes y que todo lo preside desde lo alto como rey y juez universal; finalmente, la profundidad para la incomprendibilidad de la divina esencia en su llenumbre del ser, en el sostener todos los seres y en su invisibilidad: Luego vuelve a aplicar las cuatro dimensiones a sólo la omnipotencia (gr. XI), a la sabiduría (gr. XII), a la sabiduría práctica (gr. XIII), a la misericordia (gr. XIV), y, por fin, a la justicia de Dios (gr. XV).

El desarrollo, como se ve, no puede ser más independiente y personal; pero la idea fecunda de las cuatro dimensiones trasladadas para base de la consideración de Dios, deriva de San Bernardo a Belarmino y es el tesoro verdadero que tomó al *De Consideratione* para rematar con sublime esplendidez la *Subida del Alma a Dios por los escalones de las Criaturas*.